



19 DE FEBRERO DE 2015
Museo Artium de Vitoria-Gasteiz

Discurso de Sara Buesa
Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

Lagunok,

Gabon. Ongi etorri eta mila esker, bihotz-bihotzez, gurekin egoteagatik, aurtan ere, oroimen egun berezi honetan.

Queridas amigas, queridos amigos,

Buenas noches. Gracias por estar hoy aquí con nosotros acompañándonos en este momento de recuerdo.

Queremos agradecer especialmente la presencia de todas las víctimas que habéis venido, algunas desde muy lejos, a arroparnos esta noche. Sabemos el esfuerzo personal que supone para vosotras y queremos que sepáis que vuestra compañía nos reconforta y es muy valiosa para nosotros.

Hoy quiero compartir con vosotros una reflexión. Unas ideas muy meditadas, que al mismo tiempo me nacen de muy adentro y me mueven.

Os invito a acompañarme y a que lo hagáis poniendo también un poquito de vuestro sentir.

Me gustaría que juntos abramos nuestra mente y nuestros corazones. Que dejemos a un lado los muros de nuestros juicios y nos salgamos de los guiones establecidos.

Así como existe la línea de la vida, existe la línea de una sociedad que tiene un pasado y un futuro.

Después de haber padecido más de 40 años de terrorismo, llevamos a nuestras espaldas una pesada mochila. Nuestro corazón está magullado, agarrotado, encogido. Hoy voy a contaros lo que anida en el mío.

A muchas personas nos han arrebatado a nuestros seres queridos, dejando una marca imborrable en nuestros corazones.



A esta herida se añade el profundo dolor de tener que asistir a la justificación de la violencia. El dolor y la indignación de sentir nuevamente violada y mancillada nuestra dignidad y la de nuestros seres queridos.

Todavía hoy no se ha producido una asunción clara de responsabilidades en el daño que se nos ha causado, a las víctimas y a toda la sociedad vasca. Esta es una de las principales barreras para la convivencia.

Hace ya 3 años que ETA ha dejado de matar, pero se resiste a desaparecer de nuestras vidas, y la violencia no ha sido totalmente repudiada y desterrada. Sigue habiendo mensajes permisivos, que transmiten que en determinadas circunstancias el recurso a la violencia puede ser legítimo.

La convivencia con la violencia terrorista nos ha dejado profundas secuelas. Somos una sociedad frágil, pues nos faltan referentes éticos y morales claros y nuestros principios y valores son inciertos.

También este es un importante problema que solucionar.

Produce tristeza y desazón ver que entre nuestros representantes políticos predominan las estrategias de confrontación, y que les cuesta ponerse de acuerdo incluso en las cuestiones éticas básicas, prepolíticas, que tanto necesitamos. Otro escollo que salvar.

La ciudadanía se ha acomodado ante la ausencia de violencia explícita. Parece dispuesta a olvidar con facilidad. Después de todo lo que hemos vivido, falta un debate social. La violencia terrorista nos ha inculcado sentimientos de miedo y desconfianza. Romper el tabú remueve, escuece, incomoda.

El sectarismo, el dogmatismo... Las actitudes que constituyen el germen de la violencia siguen presentes. Y persistirán aunque no se hable de ellas. Persistirán a no ser que se hable de ellas.

¿Cómo podemos liberarnos de esta opresión?

¿Cómo deshacer estos nudos que nos atenazan y no nos permiten avanzar?

Todas las víctimas, del signo que sea, somos iguales en nuestro sufrimiento, en la experiencia humana de haber padecido un trauma injusto en nuestras vidas.

También tenemos el mismo derecho a que se haga justicia, a la verdad, la memoria, el reconocimiento y la reparación. En este sentido, las víctimas de ETA no somos más víctimas que las víctimas del GAL o que cualquier otra persona que haya visto vulnerados sus derechos humanos fundamentales.

Somos iguales y al mismo tiempo somos distintas, porque el origen, las causas de nuestra victimación son diversas. Cada una de las situaciones debe abordarse de forma independiente, haciendo un análisis profundo de lo sucedido y depurándose las responsabilidades oportunas.

ETA es una organización terrorista que ha sembrado el miedo y la exclusión en la sociedad vasca con el objetivo de imponer un proyecto político totalitario. Ha amenazado y extorsionado a miles de ciudadanos y ha asesinado a casi 1.000 personas. ETA ha estado presente durante más de 40 años, en pleno siglo XXI y en democracia, contando con el apoyo de un sector de la sociedad vasca y con la permisividad y la pasividad de otros.

Hay mucho que analizar y muchas responsabilidades que asumir.

Cuando las víctimas de ETA alertamos contra la equiparación de las víctimas lo que estamos reclamando es que no se eluda hacer ese análisis, que no se relacionen unas cosas con otras en el marco de un conflicto en el que todo se mezcla, se emborriona y se diluyen las responsabilidades.



Los mensajes generalistas que escuchamos hablando de “todas las víctimas de todas las violencias” pueden ser válidos para exigir la justicia y la reparación de todas las víctimas. Pero no valen cuando se trata de ir a la raíz de los problemas, de reconocer errores y de asumir responsabilidades.

Para sentirnos reparadas necesitamos que se nos mire, que se nos reconozca, que se llame a las cosas por su nombre y que se transmita un mensaje claro y rotundo. Yo, que soy víctima de ETA, no tengo ningún problema en decir que el GAL estuvo mal, que nunca debería haber sucedido y que causó un daño injusto e irreparable que debe ser reconocido.

Me gustaría ver la misma claridad respecto a ETA en los discursos de algunos sectores.

Personalmente no quiero que nadie se flagele ni se arrodille ante mí. La culpa no me interesa. Me interesa la responsabilidad, la responsabilidad que lleva a la acción, a desandar caminos, a reconocer y reparar errores.

Tampoco necesito que los asesinos de mi padre me pidan perdón. Reconozco que sería reparador, pero yo estoy en paz conmigo misma y con la vida.

Sin embargo, sí exijo que se reconozca públicamente el daño injusto que se ha causado y los distintos grados de responsabilidad que se tienen en el mismo. Reclamo esto por las víctimas y sobre todo por el bien de la sociedad vasca.

Necesitamos que haya un discurso público unánime, una sola voz, que deslegitime por completo el terrorismo.

La injusticia es una constante en la vida.

Todos vivimos situaciones en las que nos sentimos indignados, frustrados, incluso maltratados.

Podemos, debemos, rebelarnos contra las injusticias, comprometernos y luchar por una sociedad más justa que proteja nuestros derechos.

Pero nuestra lucha encuentra su límite en el derecho del otro.

El uso de la violencia es inadmisibles. Los derechos humanos son el corazón, el núcleo vivo en el que puede y debe asentarse nuestra convivencia. Son un absoluto, inamovible, inviolable, siempre y en toda circunstancia.

Comprender e interiorizar esto implica actuar de forma coherente y defender de manera nítida los derechos humanos de todas las personas: los míos y también los de aquellos que son distintos a mí y que no piensan como yo.

Crear verdaderamente en los derechos humanos supone proteger y defender incluso los derechos de las personas que no respetan nuestros derechos, que los vulneran y nos hacen daño.

Es muy importante que esta convicción arraigue profundamente en nosotros. El respeto a los derechos humanos tiene que ser una línea clara y firme.

Admitir que se transgreda esa línea en determinadas circunstancias o según con quién es muy peligroso, es algo que no nos podemos permitir como sociedad.

No tenemos una adecuada jerarquía de valores compartidos.

Nuestros representantes políticos, que son referentes para la sociedad, tienen la responsabilidad de liderar su construcción.



Para ello, es imprescindible poner la vista en el bien de todos por encima de los intereses particulares, dialogar y buscar la unión en los aspectos más básicos.

Además, para poder llegar a cooperar es necesario flexibilizar los propios esquemas y salirse de los patrones de funcionamiento habituales:

Normalmente, en la búsqueda de consensos políticos se suele emplear la negociación de compromiso: partiendo de los intereses de las diversas partes, cada una cede algo de sus posiciones hasta llegar a un punto intermedio de acuerdo en el que todos se comprometen.

Esto es válido para llegar a acuerdos, por ejemplo, en cuestiones presupuestarias o para priorizar unas acciones o proyectos sobre otros.

Sin embargo, cuando se trata de valores, no cabe una negociación de este tipo: ¿Rebájame un 20% de dignidad y yo acepto un 80% de tolerancia...?

Con los valores no se puede regatear ni caben medias tintas.

¿Por qué no un debate profundo y serio sobre valores? Hablemos de cuáles son los valores esenciales para cada uno de nosotros y de qué entendemos por ellos, hasta ponernos de acuerdo en su significado.

Asumamos el riesgo de tal vez cambiar o introducir otros matices en nuestro punto de vista, entendiendo que esto no sería necesariamente una renuncia. Creamos verdaderamente en el valor de la pluralidad, viendo nuestras diferencias como una posibilidad de enriquecernos y crear juntos algo nuevo, potente y transformador.

Esto no será posible si no conseguimos derribar los muros de opinión rígidos que están contruidos de estereotipos.

El fanatismo de ETA nos ha llevado a encasillar y dividir a las personas entre nacionalistas y no nacionalistas, vascos y españoles...

Cuando estereotipamos al otro, vemos el grupo al que pertenece, su partido, su género, su nacionalidad, su raza... Lo encajamos en una categoría: "de los míos o de los otros". Reforzamos nuestros antagonismos y nuestras diferencias.

Hasta que llega un punto en el que cuando miramos al otro lo vemos como un símbolo, en vez de a una persona única, con un valor innato.

Los seres humanos somos complejos, nuestro interior no se define en blanco y negro, sino que se dibuja en tonalidades varias. A menudo conviven en nosotros identidades múltiples y vínculos emocionales diversos.

Simplificarnos y reducirnos a compartimentos estancos nos empobrece y crea barreras ficticias entre nosotros. Barreras que es necesario romper para sanar esta sociedad.

Cuestionemos nuestros juicios poniéndolos a prueba. Al fin y al cabo los clichés se desvanecen cuando nos acercamos a las realidades. Los muros de opinión se derriban rompiendo tabúes, hablando y compartiendo con libertad, debatiendo y reflexionando abiertamente, exteriorizando sin miedo lo que llevamos dentro.

Ojalá sucedan las cosas que nos permitan soltar lastre y mirar al futuro con un corazón limpio, libre de ataduras, abierto y esperanzado.



@Fundacion_Buesa
#InMemoriamXV